

La parábola de la bala perdida

Jerson José Hernández*

Lanzó el azadón con ímpetu y la tierra morena y fértil se abrió, amable, ante el vigor de sus manos fuertes y terriblemente dulces. En la platanera se encontraban los primeros colinos recién sembrados. A su alrededor, otros hombres preparaban el fertilizante y cavaban los hoyos que hacían falta para cubrir la hectárea. Desde lejos y

como nacida del mismo monte, una melodía recorrió la parcela, avanzó con un vestido liviano sobre la hierba recién cortada hasta que llegó a sus oídos. Era una canción de Julio Jaramillo que venía de la cocina de la casa y cargaba en su lamento, el olor de la zanahoria picada y la carne sancochada:

*Estrella fugitiva de mi anhelo
me llevas por desconocido cielo
detente no me robes la alegría.

Sin tu influjo luminoso
mi existencia es un destrozo
oh, gitana, son tus ojos mi guion...*

Caminó sintiendo que el olor y la música eran una sola cosa. Atravesó el terreno hasta llegar a la casa. Adentro, y por la abundancia de sombra, tuvo que parpadear fuerte,

de todos modos, no necesitaba ver para llegar hasta la cocina. Cruzó la sala vacía mientras dibujaba en su memoria el muro de la izquierda, con una chaqueta colgada, y el de la derecha con sus dos puertas.

* Profesor de escuela licenciado de la Universidad Pedagógica Nacional y Magister en Estudios Literarios de la Universidad Nacional, Bogotá. En esta misma ciudad ha participado en distintos talleres de escritura. En la revista *Surgente*, *Letras informales* (*Usme*) ha publicado algunos de sus cuentos y poemas. Ganador del Concurso *Relata*, en la categoría *poesía* (2016), del Festival de las Artes de *Usme* en cuento (2012) y en *poesía* (2015 y 2018). Finalista de *Bogotá en 100 palabras* (2019 y 2023) y ganador del Concurso de Cuento Corto del Festival de Literatura de Pereira (2023). Mención al mérito literario *Don Quijote de la Mancha* otorgada por el Concejo de Bogotá (2026).



Al fondo vio la sombra de Edilma sentada junto al fogón. Las llamas domésticas que hervían el

El almuerzo abundante y sabroso le produjo un sopor que le cerraba los ojos.

—Recuéstese un rato mijo, vaya y descanse que yo lo despierto en un ratito.

Caminó hasta su habitación, tanteó hasta encontrar la almohada y esperó a que se le cerraran los ojos mientras sentía el rumor leve del ventilador que giraba a sus pies.

El dolor le hizo abrir los ojos. Se llevó las manos al vientre hasta sentir la camiseta ensopada en la tibieza de su sangre. Temió estar presenciando el momento de su muerte y la respiración agitada le agudizó el dolor. Sintió la inevitable necesidad de aferrarse a algo. Llevó los brazos a cada lado de su cuerpo y comprobó con amargura que solo lo rodeaba la manigua. Tuvo miedo de morir lejos: lejos de los caminos machacados por sus pasos, lejos de la

sancocho dibujaban el contorno de su vieja: erguida, con el cabello recogido y la mirada tranquila.

sombra sabia del *palo'e* mango, lejos de los ojos de su mamá que siempre se vieron tristes con la luz del amanecer. Lejos de todo lo que algún día él creyó ser.

El remolino de hojas empantanadas y el olor amargo de la naturaleza que se pudre solo para reverdecer, le hicieron pensar en que su muerte sería una muerte miserable. Sería un difunto para el olvido; alejado del lamento inconsolable de los suyos, de la luz intermitente de las luciérnagas que en la noche vuelan sobre las tumbas del cementerio.

Galopando veloces sobre el borboteo de la sangre lo inundaron los recuerdos. Las quince navidades que vivió cerca de la costa, el arrullo sereno de las olas acompasando el bamboleo de las caderas de su mamá cuando barría la casa, el desprecio sincero en los ojos de su papá cuando perdía jugando a las cartas y en la sala se escuchaba:

*Hoy ha muerto el prisionero de la celda veintidós
lo enterraron pobrecito y nadie le trajo una flor.
El pajarillo amarillo que alegraba la prisión
desde ese día no llega a la celda veintidós.*

Apretando los dientes y cerrando con fuerza los puños para soportar el dolor, recordó también la primera vez que se reventó a trompadas con alguien. Había sido en la fiesta de san Juan Bautista, cuando un atravesado se burló de él por la manera en cogía la cerveza. Le dijo, pronunciando cada palabra como si fuera un escupitajo, que tenía las manos lechosas y débiles como de estropajo; que, si así era cogiendo una cerveza, jamás iba a ser capaz de coger a una mujer como se debe y enseñarle quién es el que manda. Entonces, más por vergüenza con los amigos que por la misma humillación, se lanzó contra el tipo. No supo dónde encajarle los puños ni qué insultos mentarle mientras lo golpeaba, pero eso sí, se alegró cuando entre el revolcón de la gente que los separaba, entrevió que le había reventado la nariz.

Más tarde y mientras celebraba con los amigos Pereira se le sentó a al lado y le dijo:

— Usted para pelear si es que se muere de hambre, ¿no? Vea, esos tipitos que vienen acá a levantar bronca se cagan del susto cuando saben que uno camella en el monte... Cuando saben que uno anda con su fierro debajo de la camisa y que sin asco es capaz de bajarse a cualquiera. Hermano: piénselo.

Pereira se levantó y desde lejos, como despidiéndose, brindó una vez más con su botella. Él, desde la tienda, repitió el gesto, dio un último trago y volvió a ensayar, por debajo de la mesa, otras maneras de coger la botella.

A los pocos días preparó su maleta. Acostumbrado a los únicos viajes que había hecho —al nacimiento del río, cerca de la sierra—, empacó poco: un par de camisetas, un pantalón y algunas bermudas, chancas y los zapatos que llevaba puestos; una cachucha, unas gafas oscuras y dos *cassettes*: uno de Julio Jaramillo que lo hacía pensar en



el hombre que quería llegar a ser, un hombre como su papá, y otro de *Rage Against The Machine* que le robó a un primo cuando visitó la ciudad y que, cuando escuchaba, lo hacía sentir malo, peligroso, impredecible.

De cigarro en cigarro atravesó las noches en el monte. Lo espantaba el zumbido de los pitos en la oscuridad. La idea de que lo picaran y quedara infectado lo mantenía en una aterradora vigilia.

Era común ver a sus compañeros de filas sumergidos en una paranoia lastimosa cuando se daban cuenta de que tenían leishmaniasis. Todo empezaba con un grano pequeño que aparecía en una pierna o en brazo dejados al descubierto; los peores casos ocurrían en el cuello o en el rostro.

Después de un par de semanas ese grano, que indicaba el lugar exacto donde el pito había picado, comenzaba a hincharse. Se formaba una úlcera que apestaba, supuraba y deformaba a su víctima. Era común entonces escuchar las prolongadas agonías durante la madrugada y de cuando en cuando, la temblorosa valentía de algún enfermo que,

desesperado, destapaba algunas balas de su munición, esparcía la pólvora alrededor de la úlcera y finalmente, encendía en un fogonazo ardiente su piel, con la esperanza de matar la infección.

El humo de los cigarrillos mantenía alejados a los mosquitos, por lo que se obligó a aprender. En el silencio del insomnio pensar era inevitable. Escapar. Regresar. Varios ya lo habían hecho, solo era cuestión de esperar el momento oportuno. A veces sonreía irónico cuando pensaba que de esa guerra no salía espantado por el horror de las masacres ni por la compañía constante y perturbadora de la muerte sino por el ataque endemoniado de los pitos. Y porque nunca pudo escuchar sus *cassettes*, pues casi nunca contaron con corriente eléctrica y cuando la tuvieron, los comandantes siempre escogieron la música que se debía escuchar.

Pero no fue la leishmaniasis ni la mirada pendenciera de Pereira — que en los últimos meses no soportaba su poco aguante para las tareas del monte—, lo que lo había

tendido en el suelo habían sido las balas, esas que nunca vio pero que zumbando despertaban a todos en el campamento, las mismas que, invisibles, habían tumbado a otros y que en ese instante devoraban sus entrañas expuestas.

Lo despertó el susurro leve del ventilador y la brisa intermitente que refrescaba sus brazos. Percibió en su boca un sabor amargo que desapareció después del primer trago de saliva. Cuando abrió los ojos vio un ventilador suspendido en el techo de una habitación de paredes blancas y luz clara que entraba por las ventanas. Sobre la sábana palpó su abdomen y tuvo que presionarlo con algo de fuerza para sentir dolor. También sintió vendas y gasas que lo envolvían.

Después de un sueño intranquilo, sumergido en la fiebre y en una profunda jaqueca, se volvió a despertar. Alguien, sentado a su lado, miraba fijamente por la ventana: una mujer erguida que tenía el cabello

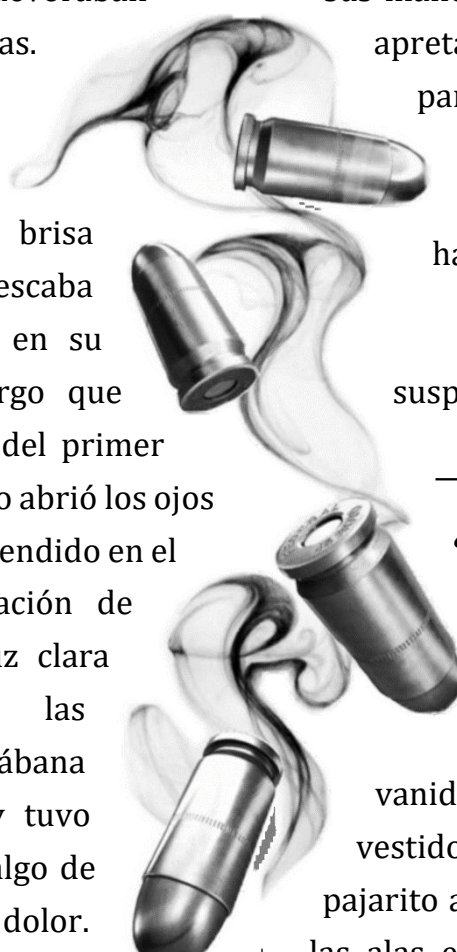
recogido y la mirada tranquila. Llevaba un vestido púrpura hasta las rodillas que dejaba ver sus piernas morenas, delgadas y surcadas por unas várices incipientes. Apretaba en sus manos un bolso anaranjado, lo apretaba con tanta fuerza que parecía que si lo soltara se iba a elevar sin remedio hasta pegar con el techo de la habitación.

Después de un largo suspiro le dijo:

— Las cosas como son, ¿cierto muchacho? Hace mucho no veía un día tan bonito. Vea cómo calienta el sol por todas partes y las muchachas vanidosas caminando en vestidos. Es que si yo fuera un pajarito aprovecharía y me bañaría las alas en cualquier charquito, ¿o no?

Como no tuvo respuesta, ella continuó:

— Usted no se acuerda de mí, ¿cierto?, pero yo sí de usted. Vea, yo me llamo Edilma, Edilma Gavilán y vivo en las Luces del Camposanto;





arriba, cerca de las plataneras. Yo me acuerdo de usted porque usted era el único que tenía cara de susto cuando ustedes fueron por allá.

Y despacio, abrió su bolso. De una cartuchera percutida y vieja sacó sus fotografías. Una por una las ubicó sobre las sábanas, sacaba las fotografías tan despacio que parecía que estuviera desplumando a un pajarito sin querer lastimarlo.

— Vea, él es Elkin el día en que hizo su primera comunión —le dijo mientras le mostraba a un niño de pie, junto a un sacerdote. Era un niño moreno y serio, peinado con esmero y con un vestido blanco, todo blanco.

— Aquí —le dijo después, señalando otra fotografía—, estamos celebrando mi cumpleaños.

Era una fotografía desenfocada y aunque los rostros no estaban definidos se notaba, eso sí, que la mujer sonreía con emoción mientras abrazaba al hombre, mucho más alto, delgado y con un bigote amplio, como el de los mariachis. Mientras le mostraba las fotografías, Edilma lo miraba con curiosidad. Parecía una vidente

ansiosa de revelar a su cliente no el futuro, sino el pasado.

Le enseñó una con los jugadores de un equipo de fútbol posando; a los que estaban de pie la foto les había cortado la cabeza. Había sido tomada por la tarde y la potencia del sol les cerraba los ojos. Atrás tenían un potrero extenso donde se vislumbraba uno de los arcos. Esta vez pudo encontrar a Elkin, estaba en cuclillas acariciando el balón con unas manos fuertes y terriblemente dulces.

— Vea, perder un hijo es como cuando un perro le desgarrara el alma a uno —le dijo Edilma—. Hay un dolor tan profundo... porque en él yo tenía mis esperanzas: quería conocer a mis nietos y tener a alguien que me echara un ojo cuando ya estuviera vieja, ¿no le parece? Es como andar perdida buscando algo que ya no voy a encontrar. Cuando ustedes subieron allá yo tuve más miedo por él que por mí porque qué le podían hacer a una vieja que ni moler podía, en cambio mi Elkin... Mírelo ahí, contento, con la espalda derecha, igual que el papá... Es que

uno siente que ya no tiene fuerzas...es tan difícil...

Edilma tenía razón: él no se acordaba de ella, ni de Elkin, pero sí recordaba las incursiones a Luces del Camposanto y las amenazas y los castigos. Sin embargo, su voz permanecía sepultada en el miedo y el lamento.

Edilma continuó:

— Si usted hoy se va a la cárcel no sé cuántos años le van a dar. No sé si les van a quitar años porque se porte bien o porque confiese todo lo que ustedes hicieron, cierto, ¿quién sabe? Pero de una cosa sí estoy segura: voy a estar sola. Nadie va a estar allá en la casa esperándome. Me voy a volver vieja sola.



Entonces empezó a recoger las fotografías que estaban sobre la sábana. Cuando terminó y en vez de guardarlas, se las entregó. Dio un suspiro largo y severo, puso sus manos entre las suyas y le dijo:

— Quiero que usted sea mi hijo, que me acompañe allá en la parcelita. Déjeme tratarlo con el mismo amor con el que quise a mi Elkin. Yo sé que usted es diferente a él y que usted también tiene su familia, ¿cierto? Si usted me deja tratarlo como a un hijo le prometo visitarlo en la cárcel, encomendárselo a la Virgen de las Mercedes y, cuando quede libre, llevarlo para allá, para la parcelita, para que me ayude con las matas de plátano y las cañas de azúcar. ¿Qué le parece, mijo?

A él le pareció un sueño empapado con lágrimas. Sin querer se imaginó el olor de los plátanos recién cortados y el sabor del guarapo fresco. Entonces lloró sin apretar los puños, porque no quería arrugar las fotos que permanecían en sus manos. Lloró con un quejido largo mientras sentía el ardor de la herida en su abdomen y lloró en



silencio sobre el hombro de Edilma,
bajo el calor de sus brazos.

Lanzaba el azadón con ímpetu
y la tierra morena y fértil se abría
amable ante el vigor de sus manos
fuertes y terriblemente dulces. La
platanera empezaba a recuperar la
frescura de su sombra verde. Podía
sentir a su espalda el rumor de los

niños que jugaban a las escondidas.
Desde lejos y como nacida del mismo
monte, una melodía recorrió la
parcela. Avanzó con un vestido
liviano sobre la hierba fresca hasta
acariciar sus oídos. En ella cantaba
Julio Jaramillo, venía desde la cocina
de la casa y cargaba en su lamento el
olor del cilantro picado y la carne
sancochada:

*Quiero estar a tu lado, madrecita de mi vida
y que tu honda herida te pueda calmar.
Yo sé que en este mundo hay una sola madre
y no hay quien la compare en su noble misión...*

Caminó sintiendo que ese olor
era la música misma. Atravesó el
terreno hasta llegar a la casa.
Adentro, tuvo que parpadear fuerte
ante la abundancia de la sombra. No
necesitó ver para llegar a la cocina:
cruzó la sala amplia mientras
dibujaba en su memoria el muro de
la izquierda, con muñecas colgadas y
el de la derecha con sus dos puertas.
Al fondo vio la sombra de Edilma.
Sentada junto al fogón, las llamas
domésticas que hervían el sancocho
dibujaban la silueta de su vieja

erguida, con el cabello recogido y la
mirada tranquila.

El almuerzo abundante y
sabroso le produjo un sopor que le
cerraba los ojos.

— Recuéstese un rato mijo, vaya y
descanse que yo lo despierto en un
ratico.

Caminó hasta su habitación,
tanteó hasta encontrar la almohada y
esperó a que se le cerraran los ojos
mientras sentía el rumor leve del
ventilador que giraba a sus pies.